

PUBLICIDAD

Privacidad

Trump: ¿control de la política monetaria y gobierno autoritario?

Las pretensiones del gobierno estadounidense son tan desmesuradas en su voluntad de poder, tan injustas para las mayorías, tan toscas en su diseño y tan autoritarias en su contenido que desea controlar de modo unilateral la totalidad de las palancas de la gestión macroeconómica para jugar las bazas bélicas y geopolíticas, que en su opinión le permitirán detener la crisis irreversible de su hegemonía



El presidente Donald Trump habla con el presidente de la Reserva Federal, Jerome Powell, durante una visita a la Reserva Federal en Washington, DC, 24 de julio de 2017 - Foto oficial de la Casa Blanca, Daniel Torok

Privacidad

**Martijn Konings**

18/11/25 | 6:00

Trump está decidido a doblegar a la Reserva Federal.

Durante el verano, ha logrado colocar a uno de sus principales asesores económicos, Stephen Miran, en la Junta de Gobernadores, ha intentado destituir a otra gobernadora, Lisa Cook, y ha intensificado su larga disputa con el presidente de la Reserva Federal, Jerome Powell. Powell, un banquero de inversión republicano nombrado por el propio Trump en 2018, le ha exasperado desde su reelección, dado el compromiso del presidente de la Fed de proteger al banco central de las interferencias políticas. ¿Cómo debemos entender la campaña de presión de Trump contra la Reserva Federal? ¿Cuáles podrían ser sus efectos en la formulación de las políticas económicas? ¿Y cómo debería responder la izquierda a tal comportamiento?

[Privacidad](#)

El control sobre la flexibilización cuantitativa y su reutilización para promover los intereses alineados con MAGA constituyen el verdadero premio

El objetivo inmediato de Trump es bajar los tipos de interés, lo cual en su opinión Powell está haciendo con demasiada lentitud, con el fin de estimular el crecimiento económico y reducir el coste de la deuda pública. La Reserva Federal ha actuado con cautela en este sentido, porque una reducción drástica de los tipos a corto plazo aumentaría la inflación, que actualmente se sitúa en el 3 por 100 por encima de su objetivo del 2 por 100 y no deja de crecer, lo cual socavaría la confianza de los inversores y haría subir los tipos a largo plazo. Así pues, la obsesión del gobierno de Trump por reducirlos no tiene mucho sentido a menos que esta impaciencia evidencie una ofensiva más amplia para hacerse con el control de la política monetaria, el cual podría incluir la manipulación de los indicadores de inflación (el gobierno ha mostrado su inclinación a manipular los datos u obstaculizar su recopilación) o alguna versión del control de precios

(«acuerdos» por los que se ofrecen favores políticos y económicos a sectores económicos clave a cambio de moderar los aumentos de precios). El asunto realmente crucial es, sin embargo, que el programa de flexibilización cuantitativa de la Reserva Federal sirve para poner un suelo rígido a la baja a los valores de los activos, mientras que su impacto sobre la inflación de los precios al consumo es mucho menos directo. El control sobre la flexibilización cuantitativa y su reutilización para promover los intereses alineados con MAGA constituyen el verdadero premio.

La semana pasada, el secretario del Tesoro, Scott Bessent, insinuó que la obstinación del banco central era en parte responsable de las tendencias recessionistas visibles en algunos sectores de la economía. Bessent también ha recurrido a las páginas de *The Wall Street Journal* para atacar la flexibilización cuantitativa, acusando al banco central de haberse convertido en un «respaldo *de facto* para los propietarios de activos», lo cual enriquece a los inversores a expensas del resto de la sociedad. El gobierno de Trump, afirma Bessent, quiere revertir esa «desviación de la misión» de la Fed y circunscribirla a un radio de acción limitado a garantizar la estabilidad financiera. Los analistas progresistas

se han apresurado a defender al banco central, considerando los ataques del gobierno de Trump como otro frente en su campaña contra la normativa y las instituciones políticas. Paul Krugman, por ejemplo, denunció la intervención de Bessent como «vil, solapada y sórdida», insistiendo en que la flexibilización cuantitativa fue la única forma mediante la cual la Reserva Federal pudo mantener a flote la economía tras la crisis financiera de 2008. Krugman tiene razón al afirmar que la política no era una conspiración, pero conviene no olvidar que las desigualdades inherentes a la lógica de la estabilización macroeconómica significan que el espectacular crecimiento de la red de seguridad financiera engrosó los bolsillos de la clase rica en activos, al tiempo que impidió a la clase media acceder a la propiedad de la vivienda.

Por muy acertada que sea su opinión, la sinceridad de la crítica de Bessent es sin duda cuestionable. Es difícil creer que el secretario del Tesoro, un antiguo gestor de fondos de cobertura que, con un patrimonio neto estimado de al menos 600 millones de dólares, es uno de los miembros más ricos del gobierno más rico de la historia de Estados Unidos, esté perdiendo el sueño por el aumento de la desigualdad. Y es evidente que su opinión sobre los rescates varía en función de

sus beneficiarios. Cuando estos incluyen a un espíritu político afín como resulta ser el presidente Milei, además de con determinados colegas de diversos fondos de cobertura que han invertido fuertemente en el peso argentino, se muestra a favor de efectuar los correspondientes rescates. Por el contrario, cuando se le preguntó cuál sería su respuesta si la ciudad de Nueva York necesitara ayuda federal para que el nuevo alcalde Zohran Mamdani disponga de los recursos necesarios para intentar solucionar la crisis del coste de la vida, recurrió a la respuesta dada a la ciudad de Nueva York por Gerald Ford hace medio siglo: «Váyase usted al infierno».

Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora

Privacidad

En el centro del conflicto radica una diferencia clave existente entre los diversos modelos de socialización del riesgo. Cuando una empresa o un sector se ve sometido a presión, la principal preocupación de la Reserva Federal es la amenaza sistémica que una u otro pueda suponer, incluso si las medidas de estabilización benefician en primer lugar a aquellas entidades que son demasiado grandes para quebrar. El gobierno, por el contrario, está más interesado en un planteamiento discrecional basado en el clientelismo. Aunque más selectivo, este último no es necesariamente más barato. Por ejemplo, la Fed podría desear abordar el estallido quasi inevitable de la burbuja de la inteligencia artificial de la misma manera que gestionó el fin de la era puntocom: proporcionando una amplia liquidez, pero aceptando, no obstante, la depreciación sustancial de muchos activos tecnológicos. Es probable que el gobierno de Trump quiera ofrecer mucho más, ya que las empresas tecnológicas se han convertido en aliadas clave, desempeñando funciones estratégicas tanto en la maquinaria mediática de MAGA como en la expansión de la vigilancia y de las capacidades militares estadounidenses.

Sería difícil para el Departamento del Tesoro organizar por sí solo tales intervenciones. Incluso en circunstancias normales,

se requiere el apoyo activo de la Reserva Federal para mantener el «mercado [de deuda pública] ordenado», y más en estos momentos en los que tendrá casi con total seguridad que financiar déficits federales propios de tiempos de guerra. El aumento drástico del endeudamiento público también alejaría aún más a los defensores del déficit cero, que siguen siendo un grupo poderoso en el Congreso. Así pues, el Tesoro de Trump necesita a la Fed. La aspiración de Bessent no es un banco central de dimensiones reducidas, como sugiere su retórica, sino una institución que ejerza sus poderes para promover las prioridades del poder ejecutivo.

Ese «dominio fiscal» es anatema para los economistas convencionales. La crítica de Krugman a la desconexión entre el diagnóstico de Bessent –la Fed ha sido capturada por intereses especiales– y su solución –poner a la Reserva Federal en la órbita del poder ejecutivo– es perfectamente acertada. Pero podemos rechazar la solución de Bessent sin subirnos a la barricada para defender la idea ingenua y engañosa de la independencia de la Fed, que pasa por alto la imbricación de su aparato de estabilización con los mayores balances de situación de las grandes empresas de Wall Street. Olvidar esto tan solo fortalece el programa MAGA: la gente

corriente desconfía de las afirmaciones de neutralidad de la Fed, y con razón.

Sin embargo, las esperanzas de que se repita la Gran Moderación, la era de tipos de interés bajos que siguió al mandato de Volcker, están abocadas a ser defraudadas

El principio de independencia del banco central estadounidense se remonta al «acuerdo» de 1951, momento en

Diario Red

[Apoyar](#)

España ▾

[América Latina](#) [España](#) [México ▾](#) [Internacional](#) [Editorial](#) [Opinión](#) [Medios](#) [Armas para pensar](#) [Cultura](#) [Canal Red](#)

inició durante varias décadas: la Fed tenía más margen para combatir la inflación, pero seguía muy atenta al coste de la financiación pública, así como a las preocupaciones de los presidentes por el crecimiento y el empleo. A finales de la década de 1970 se produjo un cambio decisivo, cuando Jimmy Carter cedió las riendas de la Fed a Paul Volcker, quien pronto declaró que pretendía frenar el crecimiento de la oferta

[Privacidad](#)

monetaria y dejar que los tipos de interés subieran hasta el nivel necesario para reducir la inflación, que en aquellos momentos se hallaba muy por encima del 10 por 100, ignorando las súplicas de los grupos de interés, incluidos los políticos, contra tal política. Sin embargo, como han señalado los críticos desde hace tiempo, la independencia del banco central siempre fue más un mito que una realidad y en consecuencia el modelo tecnocrático anclado en la estabilidad difícilmente tuvo efectos neutrales, como quedó demostrado por la grave recesión provocada por la agresiva política de elevación de los tipos de interés implementada por Volcker. A pesar de que la Reserva Federal se volvió más autónoma, las medidas de estabilización financiera que adoptó protegieron a los bancos de importancia sistémica, alcanzando el Estado rescatador nuevas dimensiones tras la crisis financiera de 2008, cuando optó por proceder a la compra de activos a gran escala.

El mandato de Powell expira en mayo de 2026 y en los próximos meses Trump nombrará a un sucesor que, espera, sea más receptivo a sus deseos. Bessent está entrevistando actualmente a los candidatos. Uno de los favoritos es Kevin Warsh, persona que goza de toda la confianza de Bessent.

Warsh, que se presenta a sí mismo como el Volcker del momento, cree que un banco central dedicado exclusivamente a controlar el crecimiento de la oferta monetaria gozará de un nivel de credibilidad tal que de modo natural producirá tipos de interés más bajos. Sin embargo, las esperanzas de que se repita la Gran Moderación, la era de tipos de interés bajos que siguió al mandato de Volcker, están abocadas a ser defraudadas. La reducción de la inflación durante la década de 1980 dependió en gran medida de una serie de acontecimientos específicos: la destrucción de los sindicatos, el auge de China como proveedor de importaciones de bajo coste y la capacidad de los mercados financieros para absorber la liquidez y evitar así, que los consumidores «persiguieran unos bienes demasiado escasos» y se desencadenaría en consecuencia el alza los precios al consumo. Quizá Warsh es consciente de ello, lo cual explicaría por qué, en realidad, no contempla la repetición de la terapia de choque. Por el contrario, ha indicado que, dado que las políticas de flexibilización cuantitativa del banco central significan que, en la práctica, está jugando en el terreno de la política fiscal, el Tesoro tiene a su vez derecho a tener una voz fuerte en la gestión del balance de situación de la Reserva Federal. El nuevo «acuerdo» previsto por Warsh establecería

una mayor coordinación entre el Departamento del Tesoro y la Fed, y no menor, similar a la de adoptada en 1951.

El ataque de Trump a la Fed es otra variante de la estrategia habitual de MAGA: avivar el sentimiento promercado y contrario al establishment para fortalecer las prerrogativas del poder ejecutivo

Trump podría optar por un leal como Kevin Hassett, actual director del Consejo Económico Nacional de la Casa Blanca, que cumplirá sus órdenes por razones más obvias. Christopher Waller, otro de los Otros candidatos, cuenta con el favor de la mayoría de los economistas por sus credenciales ortodoxas y su experiencia, aunque se ha esforzado en señalar que estas no serán un obstáculo para cumplir con las preferencias políticas del presidente. Y debemos levantar acta, por supuesto, de los rumores que afirman que Trump está barajando la idea de optar por el propio Bessent como presidente de la Fed, lo cual sería la forma más enfática de comunicar que las arcas públicas y la infraestructura

financiera de la nación ya no responden a autoridades separadas. Con independencia de cuál sea el resultado de este proceso, es difícil imaginar que los sucesivos presidentes de la Fed no alineados fielmente las órdenes de Washington, puedan permanecer durante mucho tiempo en el cargo.

El ataque de Trump a la Fed es otra variante de la estrategia habitual de MAGA: avivar el sentimiento promercado y contrario al *establishment* para fortalecer las prerrogativas del poder ejecutivo. Esta artimaña política siempre desorienta, pero en pocos ámbitos los progresistas han perdido tanto el rumbo a la hora de formular una respuesta convincente. Pertrechado de impulsos autoritarios mucho más pronunciados en este segundo gobierno, Trump ha convertido la independencia del banco central en un importante punto de ataque, en otra ocasión para reafirmar el valor del conocimiento técnico apolítico. Sin embargo, considerar esto como una estrategia política viable requiere pasar por alto las formas en que las políticas de estabilización de la Reserva Federal han impulsado la polarización económica extrema, que ha sido un terreno tan fértil para la emergencia y consolidación de la derecha populista.

No hay nada contradictorio en tratar de arrebatar el control de la infraestructura financiera de la nación *tanto* al modelo de «demasiado grande para quebrar» defendido por Wall Street *como* a las ambiciones de los gobiernos autoritarios. Pero una política que combine esos objetivos y apunte a la creación de instituciones capaces de lograr que la gestión monetaria dependa de la legitimación democrática, parece algo imposible de lograr en estos momentos. Las enormes y persistentes consecuencias de la crisis financiera han convencido al movimiento de Trump de que, si quiere ser verdaderamente transformador, deberá controlar la política monetaria. A medida que el monstruo MAGA dota cada vez de mayor incoherencia a su política concebida para garantizar la defensa del *status quo*, se acaba también el tiempo para que quienes se oponen a la misma aprendan la misma lección.

Recomendamos leer Aaron Benanav, «[Beyond Capitalism – 1](#)», NLR 153 «[Beyond Capitalism – 2](#)», NLR 154. Bernie Sanders, «[No crowns, no clowns, no kings!](#)» y «[Trump y la política estadounidense](#)», Diario Red. Robert Brenner y Dylan Riley, «[Siete tesis sobre la política estadounidense](#)», NLR 138; Tim Barker, «[Desalineamiento de clase en Estados Unidos](#)», Diario Red, y «[Algunas cuestiones sobre el](#)

capitalismo político», *NLR* 140/141; Anton Jäger, «Hiperpolítica en Estados Unidos», *Diario Red/New Left Review* 149, Matthew Karp, «Trump redux: de 2016 a 2024», *Diario Red/New Left Review* 150, «Clase y partido en la política estadounidense», *NLR* 139, y «Trump toca su límite», *Diario Red*. Robert Brenner, Dylan Riley *et al.*, *Sobre el capitalismo político: el nuevo debate Brenner* (2024).

Este texto se ha publicado en *Sidecar*, el blog de la *New Left Review*, publicada en Madrid por el Instituto Republica & Democracia de Podemos y por Traficantes de Sueños.



ETIQUETAS: **crisis financiera, tipos de interés, Donald Trump, Banco Central, Estados Unidos**

Más en Armas para pensar



Pensar Gaza, pensar en Gaza: entrevista a Étienne Balibar



Estados Unidos es una república bananera



Paolo Virno: la revolución, alegre ambición



El régimen marroquí está perfilando y encarcelando arbitrariamente a jóvenes para aplastar las protestas de la Generación Z



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD

Privacidad

